

SAN JUAN DE LA RAMBLA

## ANTONIO MONTES, EL REPUBLICANO QUE SORTEÓ EL FUSILAMIENTO POR UN GOLPE “CELESTIAL”

*Coincidiendo con el aniversario del estallido de la Guerra Civil, salen a la luz historias sobrecogedoras como la de este tinerfeño, tan necesarias para recordar pero, sobre todo, para no olvidar.*

*Leticia Díaz Pérez 16/07/2020*



*Antonio Montes. / DA*

*En la semana en que se cumplen 84 años del estallido de la guerra civil española, aún quedan historias que estremecen. A la espera de ser contadas. Esas tan necesarias para recordar pero,*

sobre todo, para no olvidar. La de Antonio Montes Bautista (1901-1961) ocurrió en San Juan de la Rambla, municipio perteneciente a la isla de Tenerife, donde durante los años de conflicto no hubo trincheras ni grandes batallas pero sí represión y fusilamientos. Allí lo conocían como el rojo, y eso fue precisamente lo que lo condenó a conocer de primera mano las entrañas más despiadadas de un conflicto de hermanos contra hermanos. Y es que, como suele decirse, pueblo pequeño, infierno grande.

Desde hace unos años, su nieto, José María Pérez Montes, en su afán por descubrir los porqués de su familia, ha recopilado y completado las memorias que hasta el año 1936 escribió el protagonista. El resto de los entresijos los aporta su propia hija, Rosa Cándida Montes Hernández, quien a tan solo un mes de cumplir los 90 años, recuerda e, incluso, recrea cómo era su vida familiar por aquel entonces. Un café, una carpeta con documentos antiguos y dos testimonios bastaron para entender por qué esta historia, de entre tantas pendientes, quedará plasmada para siempre a partir de hoy.

Antonio Montes nació un mes de abril de 1901 en la citada localidad tinerfeña. Desde niño, siempre fue un ferviente defensor de lo justo, hasta tal punto que en el colegio se reveló contra el principio pedagógico de la época, "la letra con sangre entra", por ser golpeado con varas de duraznero. Su familia, que era católica (y pudiente), decidió enviarlo al seminario conciliar de La Laguna con la ilusión de que su pequeño llegase a ser obispo, pero el ramblero apenas duró dos semanas en la Ciudad de los Adelantados. Fue

entonces cuando con 16 años puso rumbo al país en el que posteriormente sentaría las bases de sus principios políticos más enraizados: Cuba. Allí ejerció todo tipo de profesiones: trabajó en un sanatorio, una tienda de ultramarinos, una joyería y hasta una panadería en La Habana. Además, hizo sus primeros pinitos como periodista en el diario cubano La Discusión. A continuación, copio un fragmento de su biografía:

*“Yo escribía en ese tiempo defendiendo la independencia de Canarias, Lo manifestaba con la mayor sencillez y con el pensamiento más puro. Me sentía separatista y creé por mi cuenta el escudo y la bandera de la República Canaria. Un sentimiento hacia la patria chica que vive en mí”*



*Rosa Cándida, hija de Antonio Montes y José María, nieto. | Fran Pallero*

Sin embargo, con el país en bancarrota y el precio del azúcar desmoronado, el ya republicano decidió regresar a su pueblo natal tras seis años de vivencias y aprendizaje. Su vuelta a las Islas fue

agridulce, ya que, tal y como cuenta su nieto, “no solo llegó con una mano delante y otra detrás, sino que además se topó con el entonces caciquismo que tanto detestaba”. Una influencia y dominación que conocía en el propio seno de su familia pero de la que siempre quiso mantenerse alejado. “Fue la oreja negra”, cuenta José María.

El 31 de mayo de 1931, con una recién proclamada Segunda República en España, Antonio Montes entró a formar parte del Ayuntamiento de San Juan de la Rambla como concejal, fundando posteriormente el partido Agrupación de Izquierda Republicana con el que fue alcalde del municipio varios meses. Durante ese periodo, luchó por los intereses de un pueblo humilde y arraigado a la agricultura. Y los consiguió. Junto a otros vecinos, logró abastecer de agua a diferentes barrios del municipio gracias a la instalación de chorros provenientes de la Fuente de Pedro que, hasta la fecha, estuvo en manos del caciquismo. Asimismo, impulsó la apertura del matadero municipal del que carecía la localidad norteña y, siendo este último su proyecto más ambicioso, movilizó a los agricultores del Archipiélago con el propósito de reavivar al sector, abatido por la crisis.

En 1933, fundó la Unión General Agrícola (U.G.A) en el municipio y convocó, junto a otros líderes, varias asambleas en Tenerife, cuyos llamamientos inundaron esos días las portadas del periódico Hoy y Gaceta de Tenerife, entre otros, donde se debatieron y aprobaron ideas como la solicitud al Estado de un crédito de 20 millones de pesetas destinado al cultivo canario, la sindicación forzosa de los agricultores y el registro de la marca

“Plátano de Canarias”. Lamentablemente, el proyecto de la UGA se convirtió en papel mojado cuando una mañana del 17 de julio de 1936 sucedió el golpe de Estado contra la Segunda República, que daría paso al inicio de la Guerra Civil, y con ello, el punto y final de las memorias de Antonio Montes:

“España sabe distinguir entre el bien y el mal, y ve la hipocresía de algunas naciones que se creen superiores a otras, sin darse cuenta de sus grandes errores. Algunos harían llamarse democráticos pero van de brazo partido con la mayoría de los dictadores”



Periódicos de la época donde se anunciaban la asambleas de la Unión General Agrícola. / Fran Pallero

Unos días más tarde, Antonio Montes, que había acudido a Santa Cruz de Tenerife para realizar unos trámites, fue traicionado por un amigo de su mismo pueblo, quien se habría vendido por dinero o trabajo. Su hija Rosa, que tan solo tenía seis años,

conserva en sus recuerdos los testimonios que su familia le contaba: “Mi padre creyó en ese momento que la detención había sido una broma de mal gusto”. Además, aporta al relato una de las anécdotas más duras: los guardias acudieron a la vivienda de un primo de Antonio Montes que residía en la capital tinerfeña para que le facilitara ropa de cama y así pasar la noche antes de ser trasladado al día siguiente a la prisión de Fyffes. Ese primo suyo lo negó y Rosa recuerda las palabras textuales que siempre pronunció su padre al respecto: “Si me niega a mí, niega a su madre, que es hermana de la mía”.

El ingreso en prisión del ramblero supuso que su mujer se quedara sola a cargo de sus seis hijos, entre ellos, Rosa. Una época que la todavía octogenaria recuerda con pena: “Mi madre batalló mucho por demostrar que mi padre era un buen hombre que lo único que buscaba era el bienestar de su pueblo”. Los numerosos escritos que recaró la mujer no fueron suficientes y, tras tres años encarcelado, Antonio Montes fue sentenciado a morir fusilado. El día del juicio final tuvo el encuentro con el sacerdote que lo eximiría de sus pecados antes de ser ejecutado y, por un golpe de suerte (o celestial, quien sabe), esa persona, la última que supuestamente vería con vida el republicano, era un íntimo amigo suyo. Juntos habían coincidido años atrás en una fiesta de la Virgen del Carmen en San Juan de la Rambla, forjando así una bonita amistad. Por ello, el cura llevó a cabo las gestiones pertinentes para que fuera puesto en libertad.

El rojo volvió a su pueblo pero ya no era el mismo Antonio Montes tenaz y valiente. Mientras estuvo en la cárcel fue torturado. "Le metían astillas por las uñas y le pinchaban en los testículos", explica José María. Además, Rosa recuerda que su padre apenas dormía y tenía muchas pesadillas. Finalmente, la familia emigró a Venezuela en busca de paz y nuevas oportunidades. Antonio Montes lo hizo junto a su hijo primogénito en 1948; el resto, en 1953. Allí fue feliz y prosperó económicamente pero siempre quiso regresar a su amada villa. Antonio Montes falleció en Caracas en 1961 y, años después, junto a parte de su familia, volaron sus cenizas hasta allí, su casa, San Juan de la Rambla.



Antonio Montes y Rosa Cándida Montes, junto a su familia en Venezuela. /DA

**SAN JUAN DE LA RAMBLA**

**LA HISTORIA DE UNA NIÑA QUE MUY PRONTO  
CONOCIÓ LA GUERRA**

*La hija de Antonio Montes, 'el rojo', como lo conocían en San Juan de la Rambla, relata con una memoria pasmosa a Diario de Avisos algunos de los episodios más duros de la vida de su padre.*

*Leticia Díaz Pérez 18/07/2020*



*Rosita, hija de Antonio Montes. | Fran Pallero*

“En agosto de 1930 se colmó de alegría mi hogar. ¡Qué dicha tan grande! Fija, con la mayor felicidad, había dado a luz a una preciosa niña”. Con estas palabras, el rojo Antonio Montes (1901-1961), cuya vehemente biografía ya relatamos en este periódico, daba la bienvenida al mundo en sus memorias a su tercera hija. Rosa Cándida Montes Hernández, o Rosita, como la llamaba cariñosamente su padre, nació un 29 de agosto en el municipio tinerfeño de San Juan de la Rambla. Ahora, 90 años después, esta ramblera de memoria pasmosa cuenta algunos de los episodios más sombríos en la vida de su progenitor. “Era muy cariñoso y detallista”, declara la protagonista de esta entrevista, quien recuerda que “por las noches nos animaba a mis hermanos y a mí a interpretar personajes de teatro”. “Estábamos muy unidos”, recuerda.

Una mañana cualquiera, después de que un alzamiento militar dividiera España en dos, Rosita, con tan solo seis años, se quedó sin poesías ni funciones nocturnas. Antonio Montes, concejal republicano de su Ayuntamiento, fue detenido y trasladado a la prisión de Fyffes, en Santa Cruz de Tenerife, donde fue torturado. “Mi padre estuvo unos tres años encarcelado y, aunque es solo un ligero recuerdo, estoy segura de haber ido a visitarlo”, explica la casi nonagenaria. Lo que sí evoca con claridad es el ímpetu de Josefina, su progenitora, que removía cielo y tierra para demostrar que su marido era un buen hombre. “Todas las eminencias del pueblo por aquel entonces firmaban los documentos que avalaban las palabras de mi madre, excepto una que prefiero guardármela para mí”, indica.

Fueron tres largos años de miseria y penuria para esta familia ramblera que, gracias a unas pequeñas huertas que poseían, pudieron salir adelante. “Desayunábamos siempre lo mismo: un resoltijo de café, gofio y leche; a mí me encantaba pero era lo único que había”. De aquella niñez, marcada por la Guerra Civil, también menciona cómo solía bajar el brazo disimuladamente cuando le obligaban a cantar el Cara al sol en la escuela. Durante ese periodo, en el que Rosita apenas entendía de bandos republicanos o nacionales, sí tenía clara una cosa: su padre merecía ser libre.



Antonio Montes fue concejal de la Agrupación de Izquierda Republicana e, incluso, llegó a ser alcalde durante varios meses. / Fran Pallero

Tras un golpe celestial -Antonio Montes fue liberado por un íntimo amigo suyo que, casualmente, era el cura que lo iba a confesar antes de su ejecución-, el republicano volvió a su pueblo, pero ya no era el mismo. La ramblera ya tenía 9 años. “Aunque con sus hijos nunca comentó nada de su experiencia en prisión, solía tener pesadillas y pasaba muchas noches en vela”, afirma la entrevistada, quien sabe gracias a Josefina, o Fifi, como la llamaba su marido, que “lo martirizaban metiéndole astillas por las uñas y pinchándole los testículos”. El rojo logró salir vivo de Fuffes

con una serie de condiciones. A continuación, cito algunas recogidas textualmente en el documento original:

*\* No podrá ausentarse sin permiso del Juez Instructor Provincial de Responsabilidades Políticas de Santa cruz de Tenerife de su residencia habitual.*

*\* En el plazo de ocho días, deberá presentar una relación jurada de todos sus bienes, de los de su cónyuge, de los que tuviere en su poder propiedad de terceros y de todas sus deudas.*

*\* No podrá realizar actos de disposición de bienes, bajo apercibimiento de ser procesado por los delitos de alzamiento de bienes o desobediencia grave a la autoridad.*

“La intimidación en el pueblo era tal que cuando mi padre iba a la iglesia, muchos observaban si se arrodillaba con la pierna izquierda o derecha”. La presión política hizo que la familia Montes se trasladara un año a la parte alta del municipio, donde el exconcejal de la Agrupación de Izquierda Republicana era muy querido. “Los vecinos de San José estaban muy agradecidos a mi padre porque durante su faceta como político había hecho mucho por ellos”, narra Rosita. Antonio Montes fue uno de los impulsores que consiguió que se instalara chorros de agua, proveniente de la Fuente de Pedro, por todos los barrios de la localidad norteña donde, hasta la fecha, los vecinos tenían que andar varios kilómetros para obtener tan preciado bien.



*"El rojo" durante su época como concejal en el Ayuntamiento de San Juan de la Rambla. /DA*

Los años de posguerra y el primer periodo franquista sumergieron al país en una profunda crisis económica. El padre de familia, como otros muchos canarios, viajó en 1948 a Venezuela para buscar un futuro mejor, y lo encontró. Allí estuvo unos cinco años junto a su primogénito hasta que en 1953 el resto de los familiares, en concreto, su mujer y otros ocho retoños -entre ellos, Rosita-, pudieron mudarse a la conocida como la octava isla canaria. "Para Caracas no, ¡para China!", solía decir Josefina, su madre, porque no veía la hora de comenzar una nueva vida lejos de la represión y la pobreza. "Mi padre y mi hermano José Manuel eran comerciantes en Caracas: tuvieron un negocio de víveres, trabajaron en las oficinas de un hipódromo y en el Banco Provincial de Venezuela", donde, con el tiempo, su hermano jugó un papel fundamental en el desarrollo de la institución.

Con una carta bajo el brazo, escrita por su padre y dirigida a su tía que decía "ahí te mando un pedazo de mi corazón", Rosita regresó a la Villa de San Juan de la Rambla con el propósito de contraer matrimonio y formar una familia. De hecho, en 1956, cuando nació su primer hijo, José María -responsable de recopilar las memorias que dejó su abuelo-, se encargó de enviarle numerosos regalos que, por aquel entonces, escaseaban en el país -traje de bautizo incluido-. "Su gran ilusión era conocer al niño", dice



*Rosita, junto a sus padres, Antonio y Josefina, en su vivienda en Caracas. / DP*

Antonio Montes falleció en Venezuela de un infarto con tan solo 60 años. "Durante los últimos años de su vida era un hombre triste y pensativo porque se vio impedido en sus proyectos e ideas", cuenta la entrevistada, quien reconoce que "siempre quiso volver a San Juan de la Rambla". Un pueblo que tanto le dio y tanto le quitó pero que siempre quiso. Hoy, los restos de Antonio Montes

descansan en el cementerio del casco histórico de la Villa y ahora es su hija quien, a punto de soplar las 90 velas, recuerda los pasos de un hombre que siempre formará parte de la historia de San Juan de la Rambla.

### PUEBLO PEQUEÑO, INFIERNO GRANDE

Rosita hace hincapié en una anécdota que tanto le ha hecho reflexionar estos últimos años. Y es que, según ella misma afirma, “la vida da muchas vueltas”. El padre de Antonio Montes, que era muy creyente, trajo de Cuba un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y lo donó al Ayuntamiento. Allí estuvo más de 70 años hasta que un día, un vecino allegado a su familia leyó el siguiente mensaje: “No descansamos en paz desde que entró esta maldita república y el cabecilla de todo esto es A. Montes”. Obviamente, su hija pidió al Consistorio el lienzo de forma discreta, sin revelar las duras palabras que este escondía. Hoy en día, ese cuadro cuelga de la pared de unos de los hijos de la escritora.